

rarse en su favor cuando se ofrecen ocasiones de protegerlos. Estima tu fortuna, y reconoce tu dicha, si tienes la de traer su escapulario y estar alistado en esta santa cofradía. Si no la tienes, no pierdas tiempo, y solícitala cuanto antes. Todos, sean del estado que fueren, pueden ser admitidos en ella; pues con ningunas otras son incompatibles sus obligaciones. No te contentes con lograr tú solo esta dicha, solicita que logren la misma tus hijos y tus criados; lo que para ti y para toda tu casa será un manantial perenne de felicidades.

2. Es error muy pernicioso lisonjearse de ser verdadero devoto de María, mientras se está en desgracia de su Hijo. A la verdad, la devoción á la santísima Virgen es un medio muy poderoso para conseguir la gracia de la conversión; pero es preciso no poner estorbos á esta gracia, es menester que la inocencia y la pureza de costumbres prueben la devoción á esta Señora. Querer ser su devoto y ser pecador, es contradicción. No es menos una ilusión persuadirse que por haber ayunado una vez, ó comulgado en una de sus fiestas, estamos ya muy introducidos en su gracia, y que no se nos pueden cerrar las puertas del paraíso. Las obligaciones de los que traen el escapulario son fáciles y ligeras, pero son obligaciones; y así nunca te dispenses en ellas. Reza todos los días siete Padre nuestros y siete Ave Marías, como tributo que deben pagar todos los que traen esta piadosa librea; comulga todas las festividades de la Virgen, y los sábados hazle algun obsequio particular, como ayunar en ellos, ó cosa equivalente. Da todos los años algun público testimonio de tu amor á tu divina Protectora; renuévale todos los meses, todas las semanas y aun todos los días, ya rezándole regularmente el santo rosario, ya su Oficio Parvo, ó á lo menos el de su inmaculada Concepción. Muchos cofrades comen de

vigilia todos los miércoles; otros, en lugar de esta abstinencia, dan alguna buena limosna, ó rezan el rosario entero. En fin, no se te pase día sin honrar el santo escapulario con alguna devoción ó mortificación.

EL TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ.

Siempre ha mostrado Dios su bondad y omnipotencia en favor de aquellos que con sumisión y corazón puro adoran su santo nombre. Los israelitas, aquel pueblo elegido de Dios entre todas las naciones, vieron muchas veces el poderoso auxilio de este Señor, que con repetidos prodigios hacia ver á las naciones que era el Dios de los ejércitos y el Dios de las venganzas. Pero entre todas las naciones del mundo, así como apenas hay una que haya padecido tan continuas y tan sangrientas persecuciones de bárbaros como la nación española, así tambien sería difícil hallar otra en quien se haya manifestado el brazo de Dios mas benéfico para los suyos, y mas terrible para los enemigos de su santa religion y adorable nombre. Entre los muchos ejemplares que puede producir España en confirmación de esta verdad, merece un lugar muy distinguido en la memoria y estimación de los españoles el que dió ocasión á la solemnidad de este día, solemnidad que llena de regocijo á toda España, y ensalza la gloria de aquel árbol sagrado en que se obró la redención del linaje humano. Su historia, segun consta de los monumentos antiguos de mayor veracidad, es como se sigue.

Por los años del Señor de 1210 estaban las cosas de España dispuestas de tal manera, que dos reyes de los principales que dominaban en ella, el uno

moro, llamado Mahomad, y el otro cristiano, llamado don Alonso VIII, rey de Castilla, meditaban á un mismo tiempo la total destruccion de sus respectivos contrarios. El Moro, insolente con los buenos sucesos que en los años anteriores le habian proporcionado su muchedumbre y la discordia de los principes cristianos, creia habersele ofrecido la ocasion de sojuzgar á toda España, esclavizar á sus moradores, y desterrar de entre ellos hasta la memoria de la santa cruz, y del que padeció en ella muerte afrentosa por la redencion del género humano. Juntaba para este efecto numerosas huestes, haciendo venir de Africa gran número de infantes y caballos, y haciendo todas las provisiones que se requerian para una de las mas atrevidas y locas empresas. El rey de Castilla por su parte, haciendo ajustado paces entre todos los principes cristianos, estaba persuadido que era la sazón mas oportuna de convertir unánimemente todos sus esfuerzos contra una nacion bárbara, que amenazaba continuamente con la extirpacion del nombre cristiano. Se lisonjeaba de que esta operacion bien dirigida pondria en sus manos el dominio de toda aquella parte de España que poseian los moros, y de que estos se verian precisados á salvar sus vidas huyendo á Africa como á su único asilo.

Adoptado este pensamiento, que comunicó á todos los grandes de su reino, así eclesiásticos como seculares, de quienes fué aprobado, dirigió sus esfuerzos á prevenir todo lo necesario para tan grande empresa. A la verdad, de su feliz éxito pendia en gran parte la ventura de toda la cristiandad, y por lo mismo apenas habia principe en Europa, que no debiese considerarse como interesado. Éralo tambien el sumo pontífice, como padre y pastor universal del rebaño de Jesucristo, á cuya vigilancia y desvelos pertenecen iguales oficios en lo espiritual,

que á los principes soberanos en orden á las cosas temporales y á las armas. Para negociar con el santo padre los beneficios espirituales de una cruzada para todos los que militasen en aquella grande expedicion, envió el rey de Castilla á Roma al obispo de Segovia Gerardo. El arzobispo de Toledo don Rodrigo fué enviado igualmente á Francia, para solicitar de los principes y caballeros poderosos, que concurriesen por su parte á una guerra en que tanto interesaba la religion. Estas diligencias surtieron todos los efectos que podian desearse. El sumo pontífice, que á la sazón era Inocencio III, no solamente concedió á los que fuesen á pelear contra los moros todas las gracias é indulgencias concedidas en aquellos tiempos á todos los que se alistaban para la conquista de la Tierra santa, sino que además hizo publicar por toda la cristiandad las amenazas y blasfemias que contra la Santa cruz habia proferido el rey bárbaro, exhortando á todos los fieles á que procurasen implorar el auxilio divino por medio de oraciones y santas obras. En la ciudad de Roma se hicieron devotas y solemnisimas procesiones, á que concurrió el santo padre con los piés descalzos, incitando con su ejemplo á que todos los cristianos multiplicasen los ejercicios de penitencia en satisfaccion de sus culpas, para hacer así que fuesen mas poderosas con el cielo sus plegarias. Lo practicado en Roma se difundió fácilmente por las provincias del cristianismo, y dió nuevo valor á las negociaciones del arzobispo don Rodrigo. De todas partes se alistaron principes y grandes señores, que con mucha gente de á pié y de á caballo se pusieron en marcha para el ejército del rey de Castilla. Don Alonso entre tanto hizo que en su reino se imitasen las cristianas diligencias que se habian practicado en Roma. En todos los pueblos y ciudades se hicieron rogativas públicas y procesiones de penitencia, im-

plorando el auxilio de aquel gran Dios que favorece á los que confían en él, y castiga á los que fiados en sus fuerzas ultrajan su santo nombre. Al mismo tiempo que procuraba el favor del cielo, no se descuidó de juntar grandes almacenes de armas, de vituallas y de cuanto su prudencia contempló necesario, para que un ejército tan numeroso estuviese perfectamente abastecido.

Los reyes de Navarra y Aragón se señalaron entre todos por el gran número de gente que aprontaron, y la grande actividad que desplegaron en esta empresa, como que ellos habian de experimentar sus buenos ó malos efectos; pues segun por todas partes publicaba el arzobispo don Rodrigo, el rey moro habia jurado con gran soberbia que á cuantos adoraban la cruz por todo el ámbito del mundo habia de perseguirlos con guerra y muerte hasta su exterminio. El número de soldados que vinieron de las naciones extranjeras, ascendia como á doce mil caballos y cincuenta mil infantes. Portugal, sin embargo de haber muerto por este tiempo el rey don Sancho, y haberse alterado algun tanto las disposiciones que habia para esta guerra sagrada, envió un número considerable de gente, parte de orden de don Alonso II, que habia sucedido en el reino, y parte de soldados voluntarios, que no querian privarse del grande mérito de pelear por la defensa de la religion de Jesucristo. Era el punto de reunion la ciudad de Toledo, en cuyos contornos dispuso el rey don Alonso los alojamientos necesarios para la comodidad y buena asistencia de ejércitos tan numerosos. Señaló á todos el rey don Alonso el sueldo competente, segun sus graduaciones militares, y mandó que se les asistiese con las vituallas que necesitasen, para lo cual habia grandes repuestos en muchos almacenes. Estando en esta disposicion, llegó el rey de Aragon don Pedro con

veinte mil infantes y tres mil y quinientos caballos, y fué recibido en el dia de la Santísima Trinidad del año del Señor de 1212 con demostraciones de extraordinaria alegría. Dispuestas así todas las cosas, animados los soldados con la esperanza de ricos despojos, y lo que es mas, fortalecidos con muchas gracias é indulgencias, que aumentaban en ellos el deseo de pelear contra los enemigos de Jesucristo; preparade un tren de bagajes, que, segun asegura el arzobispo don Rodrigo, testigo de vista, llegaba á sesenta mil carros, emprendieron la marcha en busca del enemigo el dia veinte y uno de junio del referido año. Era el ejército de los mas numerosos que se habian visto jamás, pues en Castilla habian obligado á tomar las armas á todos cuantos tenian edad competente para ello. Por donde quiera que iba, esparcia el espanto y el terror. Los moros que guarnecian á Malagon, retirados á un castillo fuerte, situado en un cerro escarpado, fueron forzados y pasados todos á cuchillo. Otro tanto pretendieron hacer los extranjeros con Calatrava, ansiosos de derramar la sangre de los bárbaros, y conseguir de este modo su completa destruccion y exterminio. Pero los españoles mas prudentes, conociendo que con la desesperacion que esta crueldad infundia en los enemigos, se aumentaban prodigiosamente sus fuerzas, contuvieron á los extranjeros, é hicieron que se guardase fe con los rendidos, con quienes podia mas la generosidad que la crueldad de los vencedores. Repartieronse los despojos entre los aragoneses y los soldados extranjeros, ya para alimentar así la codicia de los que peleaban mas por deseos de enriquecerse, que por amor á la religion, ya tambien para que el agradecimiento estrechase mas íntimamente á los extranjeros en la amistad de los españoles. Pero Dios, que queria hacer visible que el triunfo que se habia

de conseguir era todo obra suya, y no fruto de la industria humana, permitió que fuesen insuficientes estos medios para conservar la armonía. Desconcertáronse las tropas advenedizas, y ya fuese por el rigor de los calores, y las muchas enfermedades que esto ocasionaba, ó bien porque hubiesen cumplido con los cuarenta dias que tenian obligación de servir los cruzados que se alistaban en las banderas católicas; lo cierto es que trataron de volverse á sus tierras cuando apenas habia comenzado la campaña. Este triste suceso no acobardó un punto el gran corazon del rey de Castilla, que mas que en sus soldados confiaba en Dios para el buen éxito de su empresa. No siguieron el pernicioso ejemplo Arnaldo, obispo de Narbona, ni Teobaldo Blanzon, natural de Potiers, antes bien llevaron muy á mal la cobardía é infidelidad de los de su nacion, y determinaron perder antes la vida que abandonar por su parte una causa tan justa.

De la partida de los extranjeros resultaron grandes disturbios en el ejército, apoderándose de unos el miedo y la tristeza, y de otros la fuerza del mal ejemplo, que causó desercion en muchas compañías. Pero por otra parte resultaron algunos beneficios, porque, noticioso Mahomad de que se habia desmembrado el ejército de los cristianos, se resolvió á darles la batalla, para la cual se hallaba antes indeciso. Además de esto, quedaron despues los españoles sin la obligacion de tener que partir con los extranjero el premio y gloria de una de las mas grandes acciones que se vieron en el mundo. Sosegados, pues, estos disturbios, siguieron sus marchas, y llegaron á Alarcos, lugar desguarnecido, y por lo mismo tuvieron los moros que abandonarle. En este sitio se juntó al ejército el rey de Navarra don Sancho con buena parte de gente, cuya venida hizo desaparecer la tristeza que habia causado la fuga de los extranjeros. Animados

todos, y desvanecidos los rumores de cobardía y de temor que antes se habian esparcido, se pusieron en marcha, tomando por fuerza cuantos castillos se les oponian en todas aquellas comarcas. Asi llegaron hasta el pié de la Sierra Morena, venciendo indecibles dificultades, ya por la aspereza y estrechez de los caminos, ya por los obstáculos con que el Moro procuraba impedir el paso de los lugares estrechos. Noticioso Mahomad de lo que pasaba en nuestro ejército, se preparó para hacer una oposicion vigorosa. Hizo todos los aprestos de armas y de vituallas, distribuyéndolas en lugares convenientes. El mismo marchó á Baeza, y desde allí destinó tropas que impidiesen el paso de los montes, cuidando principalmente de atajar el paso de la Losa, paso estrecho, por donde era forzoso que desfilase todo el ejército, y en donde era fácil hacer gran matanza, teniendo bien fortificados los puestos. Esta disposicion le prometia al Moro una de dos ventajas, ó la destruccion del ejército cristiano, si permanecia sin pasar adelante, debiendo perecer por falta de bastimentos, ó una completa victoria si se determinaba á pasar las montañas á todo riesgo. Realmente el peligro de los cristianos en aquella situacion era grande, y capaz de amedrentar á corazones menos poseidos del valor. El rey don Alonsó determinó juntar un consejo de los capitanes mas experimentados, en el que, pesadas todas las circunstancias con madurez y reflexion, se resolviese lo mas conveniente. La mayor parte fueron de parecer que debian volver atrás para entrar por lugares mas accesibles en la Andalucía; determinaron y juzgaron que seria gran temeridad el intentar pasar adelante por lugares tan estrechos, en que forzosamente habian de ser presa de los enemigos. Los consejos humanos son sumamente débiles cuando no cuentan con las disposiciones de la Providencia, sino que se fian únicamente

en las escasas luces de la humana sabiduría. Tanta temeridad es el confiar demasiado en las propias fuerzas á la vista de un inminente peligro, como lo es el no contar en él con la asistencia del poder divino, principalmente cuando se obra por una causa justa. El rey don Alonso, en quien se juntaban á un mismo tiempo un valor verdadero, una ilustrada prudencia y una piedad sólida, combinaba en su mente todos los bienes y los males. Conocía que el volver atrás, aunque fuese con el pretexto de buscar un camino mas cómodo, tenia todas las apariencias de una cobarde fuga; y que esta resolucion habia de tener funestas consecuencias, desmayando los cristianos, al paso que los moros se animarian, tomando nuevas fuerzas con nuestras mismas disposiciones. Penetraba muy bien todas las dificultades que oponian los experimentados capitanes; pero para vencerlas contaba principalmente con un socorro enteramente divino. Su esperanza era firmísima, porque no podia persuadirse que faltase Dios á los suyos en el tiempo de la necesidad, siempre que sus obras se encaminasen á un fin justificado, é implorasen el auxilio divino con pureza de corazon. Ultimamente, dijo á sus capitanes que unas mismas empresas eran hacederas, ó imposibles, segun los ojos con que se miraban. Los apocados y cobardes hallan dificultades insuperables, donde no las encuentran los valerosos y esforzados. Determinó, pues, pasar adelante por aquel sitio, antes que exponer la buena opinion de su ejército en el mismo principio de la empresa.

Tomado este consejo, comenzaron á ejecutarle con valor: don Diego de Haro envió á su hijo don Lope con buen número de gente, para que con su valor comenzase á allanar las dificultades. Subió el esforzado jóven por aquellas asperezas, y en lo mas alto de ellas se apoderó de un lugar llamado Ferral,

arredrando á los moros que le guarnecian. Pero cuando se trató de llegar al puerto de Losa, que era la llave de aquellas montañas, decayó de ánimo, teniendo por temeridad y no por valentía el pelear juntamente con las dificultades que la naturaleza oponia en la estrechez y fragosidad del terreno, y con la multitud de moros que las defendian tan ventajosamente situados: este hecho causó un general trastorno en todo el ejército, principalmente en la clase de soldados, con quienes puede mas muchas veces una falsa opinion apoyada que la verdad misma. Comenzóse á murmurar entre ellos sobre la imposibilidad de la empresa: creian que habian sido conducidos á aquel sitio para ser víctimas de la hambre, ó de la desesperacion: este susurro cundia demasiado, apocaba los ánimos y esparcia el espíritu de desercion; de tal modo que muchos soldados trataban de desamparar los reales, desconfiados enteramente de poder salir con la empresa. El rey don Alonso lo veia todo, y se afligia dentro de su corazon; pero tenia firme siempre en Dios la esperanza de que no les faltaria su ayuda en el mayor conflicto. El miedo que vió esparcido por todo el ejército, y que se manifestaba bien en los abatidos semblantes de los soldados, dió nuevo fervor y eficacia á las oraciones que dirigia continuamente al cielo, implorando su ayuda, de la cual dependia el honor y buen éxito de las armas cristianas y la confusion de la bárbara morisma. El cielo oye siempre las súplicas que nacen de un corazon puro y fervoroso. Él fué quien en aquel conflicto les preparó un aldeano, que tenia gran conocimiento de las mas escondidas trochas y veredas que cruzaban aquellas montañas. Este rústico, que algunos juzgaron ser un ángel del cielo, á causa de no haberse visto mas despues que hubo mostrado el camino, se presentó al rey, y le hizo promesa de que,

por sendas que él sabia, haria que pasase todo el ejército sin que recibiese daño alguno, y frustrando todas las disposiciones de los moros. La propuesta de este pastor dividió á los capitanes en diferentes pareceres, opinando unos que era un arrojito temerario el fiar á un hombre desconocido las vidas de tantos hombres y la reputacion de las armas cristianas, y juzgando otros que era igualmente temeridad el despreciar en circunstancias tan críticas un arbitrio que parecia enviado del cielo. Determinaron, pues, que lo examinasen algunos por sus mismos ojos, para lo cual fueron señalados don Diego de Haro, y García-Romero. Hallóse ser verdad lo que el pastor decia; y aunque fué necesario tomar algunos rodeos, que los moros llegaron á calificar de huida, las sendas que mostró fueron tan ciertas y cómodas, que en breve tiempo todo el ejército se apoderó de lo mas alto de las montañas, sin que los moros pudiesen hacerles resistencia.

El éxito feliz con que habian superado los peligros que los tenian acobardados anteriormente, esparció entre los cristianos una universal alegría, y con ella volvió el antiguo valor á fortificar sus corazones. Habia mas allá de las montañas un sitio cómodo, en que se estableció el rey don Alonso con toda su gente, y en un llano capaz para la formacion del ejército sentaron los reales á la vista del enemigo. Preparóse este para la batalla, repartiendo su gente en cuatro escuadrones, y quedándose el rey infiel situado en un alto collado, que lo dominaba todo con la gente de su guardia. Como los cristianos se hallaban demasiadamente fatigados con la subida de tan ásperos caminos, no tuvo el rey Alonso por conveniente el entrar luego en batalla; antes bien mandó que en aquel dia y en el siguiente se diese abundante sustento á soldados y caballos, para que descansasen

del pasado trabajo, y cobrasen nuevos alientos para entrar con vigor en la pelea. Estas medidas de prudencia militar las calificaba Mahomad de cobardía; tanto, que, viendo que en dos dias seguidos no bajaban los cristianos á la batalla, llegó á persuadirse que estaban decaidos de ánimo y poseidos del temor. Envió mensajeros á todas las ciudades de su secta, mandándoles decir con palabras soberbias y arrogantes que tenia cercados á tres reyes cristianos, y cogidos sus ejércitos como si fuera con redes, de modo que caerian todos en sus manos, quedando muertos ó prisioneros. Esta nueva tan lisonjera se hacia mas alegre con lo que cada uno añadía de suyo; pero al dia tercero que fué un lunes, diez y seis de julio, su gozo se convirtió en tristeza, viendo lo contrario de lo que se habian imaginado. En este dia determinaron los cristianos dar la batalla; y sabiendo que toda buena obra debe comenzar por Dios, y que sin su auxilio de nada sirven las numerosas huestes, se confesaron y comulgaron los soldados cristianos, cobrando con tan divino alimento una fortaleza irresistible. Hecho esto, al amanecer ordenaron toda la gente en forma de batalla, encargando el mando de los lugares mas expuestos á los mas experimentados y valerosos capitanes. Los obispos y eclesiásticos, que iban en gran número, andaban de compañía en compañía esforzando á los soldados y fortaleciéndolos con palabras animadas del espíritu de la religion, concediéndoles al mismo tiempo muchas gracias espirituales é indulgencias. El Moro por su parte ordenó su gente en cuatro escuadrones, quedándose él en su tienda real, cercada de cadenas de hierro, y con una guardia numerosa de moros nobles y esforzados. Dispuestas asi las cosas, y estando para darse la batalla, el rey Alonso, desde un lugar alto en donde podia ser oido de todos, habló á los suyos, animándoles de esta ma-

nera. « Bien sabeis, les decia, ó valerosos españoles, que injustamente y contra todo derecho ocuparon nuestra España esos bárbaros que teneis presentes. Sabeis que por la fuerza de nuestro brazo han sido ya despojados de la mayor parte de los usurpados dominios. La presente accion va á completar su ruina, ó á renovar en nosotros las antiguas cadenas. Si venciéreis, ya no les queda lugar en toda nuestra España donde puedan vivir seguros: si fuéreis vencidos, no les queda obstáculo para volver á sujetarla toda á su dominio. La justicia, la razon y Dios mismo están en nuestro favor. Si confiados en él peleáreis contra esa canalla, que confia únicamente en su multitud y en sus fuerzas, alcanzaréis una gloriosa victoria. Ya no os queda otro partido que la esclavitud ó el triunfo; arremeted, pues, con el valor y fortaleza que manifiesta la alegría de vuestros semblantes. » El Moro por su parte animó á los suyos, representándoles la superioridad de su ejército, y la cobardía que habian manifestado los cristianos en los dias anteriores; y diciéndoles que en aquella accion consistia el dominar para siempre á toda España, ó perder del todo las provincias que en ella poseian. Animados los soldados por una y otra parte, se comenzó la batalla con grande valor y esfuerzo. Seguia la matanza, sin que por ninguna parte se declarase la victoria. Tres veces cargaron los cristianos con grande ímpetu y valor sobre los enemigos, sin que por esto pudiesen desconcertar sus escuadrones; antes bien se desordenaron algun tanto los cristianos, como dando muestras de quererse poner en fuga. Viendo esto el rey don Alonso, dijo al arzobispo don Rodrigo, que estaba á su lado: *Ea, arzobispo, muramos aqui todos*; y al decir estas palabras, queria meterse en lo mas peligroso de la pelea, para animar con su presencia á los soldados, ó conseguir con ellos una

muerte honrosa. Pero el arzobispo, haciéndole presente que en la conservacion de su vida consistia la victoria, le detuvo diciendo: *De ninguna manera, ó rey, moriremos, sino que antes bien venceremos felizmente á nuestros enemigos*. En esto, el último escuadron se adelantó y cargó sobre los moros con tanta furia que infundió nuevo esfuerzo y valor en las tropas cristianas, restituyéndolas á su primer orden. Ya habian peleado la mayor parte del dia, sin que los cristianos desmayasen un punto de su primer esfuerzo. Los moros, por el contrario, cansados y no pudiendo sufrir el estrago que hacian en ellos las huestes cristianas, comenzaron á flaquear y á desordenarse; y en breve tiempo, lo que comenzó por un desorden, se convirtió en precipitada fuga, dejando en manos de los cristianos una gloriosa victoria.

Algunos refieren que al principio del combate apareció en el aire una resplandeciente cruz de varios colores, que, al paso que esforzaba á los cristianos, llenaba con su vista de terror á los infieles; pero de este acaecimiento no hicieron mencion ni el arzobispo don Rodrigo, que se halló presente, ni el mismo rey en la carta que escribió al papa Inocencio, dándole cuenta de lo que habia sucedido. Lo que hay de verdad, y es caso maravilloso, fué que, penetrando diferentes veces por los escuadrones de los enemigos el canónigo de Toledo, que llevaba la cruz arzobispal, jamás pudieron herirle, como lo intentaron, disparándole muchas saetas y lanzas, antes bien se vió que los dardos quedaban clavados en el asta de la cruz sin que ninguno ofendiese al canónigo; todo lo cual animó mucho á los cristianos, y les certificó del visible patrocinio con que el cielo los ayudaba. Lo que hizo ver esto mas claramente fué que, habiendo perecido de los moros cerca de doscientos mil, el número de cristianos muertos no pasó de veinte y cinco. El rey

moro se salvó huyendo, y los cristianos se apoderaron de todas sus tiendas, haciendo ricas presas, y tomando innumerables despojos, los cuales se repartieron de modo que todos quedaron gozosos y contentos. Esta victoria, así como fué llorada por los enemigos del nombre cristiano, así también fué celebrada con grandes fiestas y regocijos por toda la cristiandad. En todas partes se creía que no podía llegar á mas la gloria del nombre de Jesucristo, cuya santísima cruz había penetrado y desordenado los escuadrones enemigos, dando á los cristianos un triunfo milagroso, de que no había ejemplar en las historias. Por esta causa se instituyó en España, por mandado del papa Gregorio XIII, esta fiesta del Triunfo de la santa cruz, para dar gracias á Dios de que por su virtud quedasen postrados aquellos mismos que pretendían con soberbia desterrarla del mundo, y poner en cadenas á todos sus adoradores.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Fausto, mártir, que en tiempo del emperador Decio fué clavado en una cruz, y vivió así cinco días, al cabo de los cuales murió asateado y subió al cielo.

En Sebaste en Armenia, san Atenógenes, obispo, y diez de sus discípulos, mártires bajo el imperio de Diocleciano.

En Antioquía en Siria, la fiesta de san Eustato, obispo y confesor, ilustre por su doctrina y santidad, quien, habiendo sido desterrado por el emperador Constancio á Trayanople de Tracia, murió allí en la paz del Señor.

En dicho día, san Hilarino, monje, que, preso con san Donato en la persecucion de Juliano, y no queriendo sacrificar á los falsos dioses, fué molido á palos,

y recibió la corona del martirio en Arezo de Toscana. Su cuerpo fué llevado á Ostia.

En Tréveris, san Valentin, obispo y mártir.

En Córdoba en España, san Sisenando, levita y mártir, á quien agarrotaron los sarracenos por la fe de Jesucristo.

En Zanchte en la Galia Bélgica, santa Renelda, virgen, y sus compañeros, todos mártires, despedazados por los bárbaros en odio de Jesucristo.

En Bérgamo, san Domnion, mártir.

En Capona, san Vitaliano, obispo y confesor.

En Auvernia, san Ilpizo, venerado como mártir.

En Avrilly, el infante san Domino, cuyo cuerpo es venerado en Puy de Velay.

En Seez, san Landricio, obispo.

En Etiopia, san Terapion, confesor.

En Neytracht en Hungría, san Suirado, solitario.

La misa es propia, y la oracion la que sigue.

Deus, qui per Crucem tuam, populo in te credenti, triumphum contra inimicos concedere voluisti: quæsumus, ut tua pietate adorantibus crucem victoriam semper tribuas, et honorem. Qui vivis et regnas...

O Dios, que te dignaste conceder por medio de tu Cruz al pueblo que cree en tí, un singular triunfo contra sus enemigos: suplicámoste que por tú piedad te dignes de dar siempre honor y victoria á los que adoran tu cruz. Tú que vives y reinas...

La epistola es del cap. 6 de la que escribió san Pablo á los de Galacia.

Fratres: Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi: per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. In Christo enim Jesu neque circumcisio aliquid

Hermanos: Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Porque en Cristo